



## Capítulo 568: ¿Quién va con Virgilio?

La sala de obsidiana ya era sofocante. Las antorchas ardían con llamas azules cada vez más agitadas, reflejando la tensión de los presentes. Amon tamborileó con sus dedos contra la mesa, cada golpe resonaba como un trueno, mientras Paimon ya había perdido la paciencia y caminaba de un lado a otro.

"Horas," Amón gruñó, con los dientes apretados. "Horas y todavía nada."

"Eso es típico de él", murmuró Phenex, rellenando su copa de vino con perezoso desdén. "Desafortunadamente, no puedo simplemente matarlo... Ojalá pudiera..."

"¿Quieres que te maten?" Stella golpeó la mesa con la palma de la mano. "Amenaza a mi marido otra vez y convertiré tu inmortalidad en nada más que cenizas."



"Entonces volverá otra vez." Astaroth sonrió levemente, apoyando su barbilla en su mano. "Deja de lanzar ese pequeño torbellino de dulces; ni siquiera eres lo suficientemente fuerte como para matar a alguien inmortal."

Zafiro resopló, cruzando los brazos.

"Cállate antes de que los mate a los tres. Y puedo hacerlo," dijo Zafiro, mirando como una diosa a los tres demonios.

Fue en ese momento cuando el suelo tembló.



Las runas rojas se iluminaron en el centro de la habitación, dando vueltas y expandiéndose en patrones intrincados. La temperatura bajó repentinamente, e incluso los más poderosos sintieron la presión de la energía brotando desde dentro.

Se abrió un círculo mágico, arremolinado en espirales de llamas negras y relámpagos carmesí.

Y entonces apareció.

Vergil salió tranquilamente del portal, como si acabara de atravesar una puerta. Su traje negro era impecable, su corbata suelta, su cabello plateado deliberadamente desordenado— y esa sonrisa perezosa en su rostro. Levantó una mano, ajustándose el puño, antes incluso de mirar a los demás.

"Qué reunión tan animada." Su voz atravesaba el aire como seda afilada. "Casi me arrepiento de haberme perdido el principio... pero tenía dos niñas que cuidar."



Por supuesto, lo había dicho para poner celosos a Zafiro, Ada, Stella e incluso Paimon. Todos lo miraron como si fueran a matarlo en cualquier momento.

Paimon casi explota.

"¿CASI?!" Ella gritó, con los ojos parpadeando. "¡Deberías haber estado aquí desde el amanecer, bastardo!"

Vergil simplemente se rió, un sonido bajo y lleno de malicia.



"¿Amanecer? Estaba... ocupado." Se rompió el cuello y dejó que el peso de sus palabras flotara en el aire. "Créeme, fue una noche memorable."

Amón se levantó de su silla con un estallido y las llamas se reflejaron en sus ojos dorados.

"Cállate y siéntate, chico."

Virgilio finalmente levantó sus intensos ojos azules y los fijó en Amón. La presión en su mirada hizo que incluso las antorchas parpadearan. Pero la sonrisa en sus labios permaneció.

"¿Niño?" Inclino la cabeza, como si estuviera considerando. "Por favor, ese niño te robará tu lugar en unos años."

Cabernet se rió suavemente, casi un susurro, pero lleno de veneno.

"Sueñas en grande. Pero admiro tu coraje."

Sepphirothy, inmóvil hasta entonces, abrió un ojo y miró a Virgilio con esa mirada helada y distante.

"Hijo, este no es el momento para esto," dijo, no acusadoramente, sólo como una declaración. "Tenemos dos plazas abiertas para el torneo celestial."

Virgilio arqueó una ceja, caminando lentamente hacia la mesa, llevando consigo un aura que oscilaba entre la calma y la amenaza.





"Dos lugares, ¿eh?" Se detuvo detrás de su silla vacía, pasando la mano por la espalda antes de sentarse. "Entonces supongo que ya has hecho tus apuestas. ¿Quién será el pobrecito que me acompañará?"

Silencio. Su mirada era arrogante, casi insolente.

Paimon fue el primero en hablar, todavía furioso:

"Deja de ser arrogante. ¿Quién dijo que vas a pelear?"

Todos miraron a Paimon...

"Ah... bueno, sí... teóricamente..." murmuró.

Virgilio se sentó en su silla con la calma insolente de un rey que ya se sentía dueño del salón. Chasqueó los dedos, cruzó las piernas y sonrió como si no hubiera nada en juego excepto su propia diversión personal.



"Participaré", dijo, con su voz profunda resonando por el pasillo, provocando fuertes suspiros en algunos. "Nada mejor que ganar un poco más de experiencia en combate... y aplastar a algunos dioses en el proceso."

Giró su vaso vacío sobre la mesa, indiferente, como si ya hubiera tomado su decisión final.

"Pero..." Virgilio inclinó la cabeza, dejando que su mirada vagara lentamente sobre todos los presentes, "...como sólo tenemos dos espacios, quiero saber quién será mi cita para este baile divino."



Sepphirothy fue quien rompió el silencio, con su voz tranquila pero firme atravesando el aire.

"La regla es simple", dijo, como una maestra paciente que se enfrenta a estudiantes que no entienden nada. "El acompañante debe tener menos de cien años. Y, por supuesto, un demonio."

Virgilio arqueó la frente pensativamente y se frotó la barbilla con una lentitud deliberadamente molesta.

"Menos de cien años, ¿eh? Eso es bastante restrictivo." Una sonrisa irónica resonó en sus labios. "Entonces... ¿quién entre Katharina, Ada y Roxanne es la más fuerte?"

El aire en el pasillo cambió instantáneamente.

Cabernet, que hasta entonces había estado observando en silencio, apretó los puños con tanta fuerza que sus uñas negras se clavaron en la mesa, dejando profundas marcas. Su mirada carmesí brillaba como brasas.

"Interesante..." dijo ella, con la voz baja pero llena de veneno. "¿Nombras tres nombres, pero olvidas a mi hija?"

Vergil giró la cabeza lentamente y miró a Cabernet con una sonrisa perezosa y cruel.

"¿Runeas?" Chasqueó la lengua, como si saboreara el nombre. "No me malinterpretes... pero pensé que no tenía ningún interés, especialmente cuando tenía a ese dragón sellado ayudándola. Ahora ella no tiene ganas de pelear."





Un murmullo de conmoción recorrió la mesa. Incluso Amón levantó una ceja, curioso por ver la explosión que seguramente seguiría.

Cabernet estrelló su palma contra la mesa y el impacto resonó como un trueno.

"Cuida tu lengua, mocoso." "No sabes de lo que estás hablando."

Vergil no retrocedió ni un centímetro. En lugar de eso, se inclinó hacia adelante, con sus ojos azules brillando como cuchillas.

"Sé exactamente de lo que estoy hablando." Su voz bajó, cargada de dulce amenaza. "No elijo aliados porque sean hijos de alguien importante. Elijo a aquellos que puedan luchar codo a codo conmigo sin convertirse en polvo en el primer minuto."

Zafiro se rió, un sonido frío que cortó la tensión.

"Tiene razón, Cabernet", dijo ella, apoyando la barbilla en la mano y mirando a Virgilio con una sonrisa enigmática. "En el campo de batalla, no le sirve de mucho esa maldición de destrucción."

Cabernet gruñó pero no respondió.

Vergil se reclinó nuevamente, satisfecho de haber echado leña al fuego.

"Entonces repito," dijo con calma. "Entre Katharina, Ada y Roxanne... ¿quién es el candidato más fuerte para luchar a mi lado?"

La sala quedó en silencio por un momento, como si la piedra misma de la sala quisiera escuchar lo que vendría después. Amón se levantó lentamente, con la





llama azul de su presencia bailando en sus iris mientras se apoyaba contra el borde de la mesa. Había un brillo diferente en él —no sólo la impaciencia habitual, sino algo así como un orgullo contenido.

"Mencionas nombres obvios", comenzó, con su voz profunda y pesada. "Katharina, Ada, Roxanne... todas capaces. Pero si voy a tener a alguien que realmente cambie el curso de una lucha contra los dioses, tengo a alguien más en mente."

Virgilio inclinó la cabeza, interesado como un cazador que captaba un nuevo olor. "Oh, claro?" dijo, con esa sonrisa torcida que siempre insinuaba problemas. "¿Quién es esta 'ella' que te haría, Amón, hablar así? No me digas que es otra de esas princesitas que duerme entre batallas y orgías."

Amón no sonrió. Su rostro se volvió serio, casi severo. "Ingrid Asmoday."

El nombre golpeó la mesa como un martillo. Algunas caras se congelaron, otras se inclinaron hacia adelante. Incluso Paimon, que normalmente rebotaba de indignación, se quedó sin palabras por un segundo.

"¿Ingrid Asmoday?" Sephirothy repitió, con voz neutra pero pesada. "¿La sangre de Asmoday?"

Amón asintió. "Sí. No es el original —Asmoday murió hace siglos—, sino una promesa forjada en el horno del inframundo. Ingrid es una niña de chispas y heridas. La entrené después de que el linaje sufrió el golpe. Creció rápidamente y ahora está... cavando el abismo, literalmente. Ella está al borde de lo que llamamos el inframundo, empujando barreras que nadie más se ha atrevido a tocar."







Cabernet apretó los puños y su ira apenas fue contenida. "Hablas como si fuera un juguete, Amón. ¿Tocar el abismo?" ¿Qué carajo has estado haciendo ahí abajo?

"La entrené para esto", respondió Amón con una calma casi cruel. "Para soportar presiones donde ni siquiera los mayores quieren poner un pie. Ingrid aprendió a retorcer la tierra y la voluntad desde los huesos mismos del mundo. Ella tiene heridas que sanan con hambre. Si alguien puede estar a mi lado y no convertirse en polvo contra un dios, es ella."

Paimon finalmente encontró su voz aguda por la incredulidad. "¿Menos de cien años?" Él preguntó. "¿Estás seguro de que ella califica? No quiero enviar a alguien a la muerte por normas burocráticas."

Amón sonrió, pero fue una sonrisa dura. "Ingrid tiene setenta y seis años, Paimon. Lo suficientemente joven para las reglas. Y con la tenacidad de una tormenta. Ella es un demonio, una hija de sangre Declave, forjada por la guerra. Pero —y aquí su voz se endureció— no sé si ella quiere luchar según las convenciones de nuestros juegos."



Virgilio se rió entre dientes. "Ah, entonces ¿el problema ahora es su voluntad?" Sus ojos azules brillaban de diversión. "Nada como poner a prueba la autonomía de un soldado."

Astaroth, siempre interesado en la política y los motivos ocultos, se inclinó hacia adelante. "¿Cómo está ella? Dices que está cerca del abismo. ¿Quieres decir que está aislada? Si ella es tan... especial como la pintaste, no será fácil convencerla de que venga aquí."

Amón miró la mesa, cada cara —presumida, calculadora, curiosa, furiosa— y golpeó la mesa con la palma de la mano. El sonido hizo que las llamas parpadearan.





"Iré a buscarla", anunció. "Ni aquí, ni ahora. Ingrid no es del tipo que responde a las invitaciones. Si la voy a traer, iré yo mismo al abismo y veré si acepta este espectáculo de los dioses."

Las cejas de Virgilio arqueadas—la mezcla perfecta de molestia y emoción. "¿Estás seguro que no deberías enviarme una invitación en paloma? Me gusta verte sudar un poco, Amón."

Amón lo miró con una frialdad que haría temblar el hierro. "No lo entiendes. Ella no es un trofeo para exhibir. Ingrid es un martillo. Si acepta venir, no vendrá por orden; vendrá por elección. Y eso la hará mil veces más peligrosa."

